



# KEIZ NOYERS

NUEVO  
TALENTO  
CROSSBOOKS

CROSS  
BOOKS

ALMA  
de  
CAZADORA  
KEIZ NOYERS

CROSS  
BOOKS

CROSSBOOKS 2023  
crossbooks@planeta.es  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A

© del texto: Keiz Noyers, 2023  
© de la ilustración de cubierta: Jorge García Ruiz, 2023  
© Editorial Planeta S. A., 2023  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: julio de 2023  
ISBN: 978-84-08-27423-0  
Depósito legal: B. 11.689-2023  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# 1

## Tiempo de caza

Regla XVII: Durante la cacería, y para permitir una correcta evaluación, los aprendices tendrán terminantemente prohibido el uso de técnicas de grado superior al impartido en su ciclo, i. e., grado inicial para primer ciclo, grado medio para los del segundo, y grado avanzado para los estudiantes del tercer y último ciclo.

[...] Esta limitación, por supuesto, es aplicable solo a pruebas escolares. En el Otro Lado, un vigilante usará cualquier medio que asegure su supervivencia.

*El manual del buen vigilante.*

Capítulo IV: «Reglas de las cacerías»

Cerré la boca cuando la sangre caliente me salpicó la cara.

Lo que era malo, porque a menudo los fluidos de las criaturas del Otro Lado eran ponzoñosos, pero también era bueno, porque quizá así Zac se sentiría culpable por dejarme siempre el trabajo sucio. La mantícora cayó con un grito justo al tiempo que una flecha perforaba su ojo derecho.

Sacudí la sangre del estoque hasta que la inscripción de la hoja se volvió legible: *Sanguis meus magis rubeus quam tuus non est.* «Mi sangre no es más roja que la tuya.» No era la frase que yo habría escogido, pero había resultado excepcionalmente acertada la primera vez que la había empuñado, durante mi última y única visita a los Doce Rostros hacía cinco años. La devolví a la oscuridad de su vaina, enterrando también el recuerdo.

Zac descendió del árbol con un golpe sordo y se acercó con paso jovial. Un par de hojas sobresalían de su cabello pajizo, más claro en las puntas tras los meses de verano. Todavía llevaba el arco en la mano y por la manera en la que sonreía no parecía sentirse demasiado culpable por mi aspecto.

—Te hace juego con el pelo —dijo, recuperando la flecha del cadáver y asegurándose de que todavía estuviera en buenas condiciones antes de devolverla a su carcaj.

Con una mueca, limpié la sangre de mi cara contra el bajo de la camisa de mi uniforme. A estas alturas de la cacería estaba lo bastante sucia como para que costase distinguir su color ocre característico.

—Sabes que esa última flecha ha sido innecesaria, ¿verdad? —Noté el sabor de la sangre en la lengua al hablar y solté una maldición. Al parecer, no había cerrado la boca a tiempo. Si no sacaba la ponzoña de mi organismo inmediatamente, pronto notaría los primeros síntomas del envenenamiento.

—Para nada, me ha ganado el último golpe. —Sacó uno de los viales de la bolsa de su cintura y me lo tendió: Fulmar Boreal. Lo acepté con una mueca de desagrado—. Eso nos deja en empate: tres a tres.

Apuré el contenido de un trago. Zac se apartó unos cuantos pasos, reajustando el arco que llevaba a la espalda. Sentí un retortijón.

—Esto es lo que pienso de nuestro empate.

Vomitó con violencia sobre el suelo del bosque. Los restos de mi almuerzo se mezclaron con las hojas secas de principios del otoño, manchadas ya de sangre. Los brebajes eméticos eran los segundos que más odiaba.

Zac apartó la vista, asqueado, pero, antes de que pudiera hacer algún chiste sobre los contenidos de mi estómago, una figura apareció en el claro y se abalanzó sobre nosotros. Desenvainé el puñal sujeto a mi muslo justo a tiempo de bloquear un revés de su espada.

Vera no retrocedió.

Su oscuro flequillo ocultaba el resplandor antinatural de sus pupilas, pero la presteza de sus movimientos revelaba que había consumido Golondrina. Pretendía aprovechar nuestro momento de debilidad para hacerse con nuestras plumas de oca: el auténtico objetivo de la cacería. Las criaturas que deambulaban por el bosque eran solo una distracción.

«No vomites ahora», me ordené con severidad, conteniendo otra náusea. «No le des el gusto.»

Durante la cacería se esperaba que hiciéramos gala de nuestra habilidad, pero también de nuestro honor y deportividad. O al menos eso era lo que Zac les contaba a los de primero. La realidad era que a pocos aprendices les remordía la conciencia por atacarte mientras vomitabas sobre el cadáver fresco de una mantícora. Y a Vera Lenders menos que a nadie.

Por suerte, Zac reaccionó. En lugar de tomar de nuevo el arco, ejecutó Zarza. Unas enredaderas surgieron de la tierra, listas para apresar a Vera. La joven esquivó la primera y cortó con su espada la segunda. Zac concentró su voluntad y unos nudosos tallos cambiaron su dirección y consiguieron rodear los tobillos de su contrincante. Treparon por sus piernas, tratando de sujetarla. Vera maldijo, pero momentos an-

tes de que la derribasen, ejecutó una técnica. Las zarzas cayeron inertes a sus lados.

Aproveché la distracción para recomponerme. Respiré hondo, sintiendo las piernas más estables, y miré a mi alrededor. Vera no era una gran combatiente, pero Ezra, su compañero, podría aparecer en cualquier momento. Y yo prefería pasar una velada con un demonio antes que un par de minutos con Ezra, aunque fuese intentando atravesarnos con una espada.

La joven atacó la bolsa de mi pierna izquierda, buscando las plumas ocultas. «No voy a darte el gusto.»

Esquivé la embestida con una cabriola y giré la empuñadura de mi cuchillo con el pulgar, abriendo un compartimento oculto. Un polvo fino salió de su interior, trazando en el aire el semicírculo de mi acrobacia. Sonreí a través de la cortina de partículas brillantes, compuestas por tierra golpeada por un rayo y polvo de hada. Ingredientes y catalizador. Formé una seña con mi mano izquierda y ejecuté Galerna.

La expresión de Vera dio paso al espanto justo al tiempo que una fuerte ventisca la azotaba, arrojándola varios metros hacia el borde del claro. Vaciló unos segundos. Tras dedicarme una mirada iracunda, tuvo el buen juicio de retirarse; ya había perdido el factor sorpresa. No nos molestamos en perseguirla. Era demasiado cobarde para enfrentarse a nosotros de haber llevado alguna pluma encima.

—Deberías haber ido primero a por sus manos —comenté, guardando el cuchillo—. Si las tiene libres, puede hacer señas, y eso significa...

—... que todavía puede ejecutar técnicas —terminó él con voz cansina, haciendo desaparecer las zarzas—. Ya lo sé. Pero, oye, por suerte no nos enfrentamos a vigilantes en el Otro Lado —añadió con un guiño.

—Buena suerte cuando intentes explicárselo a los maes-

tros —repliqué, y Zac me dedicó un despreocupado encogimiento de hombros.

Puse los ojos en blanco, «Zac» y «preocupación» eran dos palabras que no tenían cabida en la misma frase.

Le dedicó un último vistazo a la dirección por la que Vera había desaparecido.

—La verdad es que sería bastante atractiva de no ser por esa mirada de psicópata, ¿no crees?

Lo miré horrorizada, incapaz de deducir si bromeaba o no.

—Cállate —mascullé—. No me queda nada que vomitar en el estómago.

Habíamos decidido separarnos pasada la medianoche. Era la hora de recoger las plumas que habíamos robado y ocultado durante la cacería. Había revisado cada escondite, pero el último solo contenía decepción. No albergaba ninguna pluma. Llevaba siguiendo las huellas del ladrón desde entonces.

No había sido complicado encontrar el rastro, los días anteriores habían sido húmedos y las pisadas se marcaban en la tierra. Avancé hacia la siguiente rama en silencio. Evitaba el suelo siempre que la cercanía de los árboles lo permitía. No quería que mis marcas contaminaran el rastro, como tampoco quería atraer a un perseguidor a mi vez. Además, era raro encontrar criaturas en las alturas.

Me detuve al llegar a una encrucijada, donde las huellas desaparecían en las sombras. Di un pequeño sorbo de Luciérnaga. La oscuridad del bosque se volvió más brillante a medida que el elixir dilataba mis pupilas.

«Allí, junto a aquel árbol.»

El rastro era tenue, pero podía verlo. El ladrón había decidido probar suerte también con las alturas. Guardé el

frasco todavía mediado en la bolsa que pendía de mi cintura. Luciérnaga tenía un desgaste lento, por lo que no volvería a necesitarlo hasta dentro de una hora.

Un alarido cortó el silencio del bosque. Me puse rígida. A estas alturas de la cacería oír gritos no era extraño. Con la proximidad del amanecer, los botines se volvían mayores, y los enfrentamientos, más encarnizados. Lo habría ignorado si no hubiera reconocido la voz. Era la de Zac.

No tardé en llegar al lugar del que procedía.

Zac había perdido sus armas en alguna parte y dos momias se aproximaban a él renqueando. No eran egipcias, por supuesto, y tampoco tenían vendas alrededor de su cuerpo. Eran espectros. El resultado de cadáveres poseídos por unas bacterias nauseabundas del Otro Lado. Sin embargo, sus cuerpos humanoides eran enjutos y apergaminados.

Y parecían momias.

Moví la mano hacia mi bolsa, pero me detuve. Ya había usado demasiados ingredientes. No podía malgastarlos. Traté de controlar la agitación que bullía en mi interior, en mi voluntad. Había aprendices que tenían problemas para concentrarla, lo que los incapacitaba para invocar las técnicas de manera efectiva. Yo no tenía ese problema.

Mi problema era evitar que la voluntad me controlase a mí.

Las momias se acercaron más a Zac, que volvió a gritar, pero, por raro que parezca, no se movió. Lo aparté de un fuerte empujón que lo hizo caer entre los matorrales y lo apartó de los espectros. Zac gritó una advertencia. El sonido salió amortiguado y no pude entender lo que decía.

Salté hacia las momias, sacando la espada mientras corría. El tacto de la empuñadura de plata calmó el feroz rugido de mi interior, como siempre ocurría.

Alcancé al primer espectro. Di un saltó y le aplasté la mandíbula con el tacón de mi bota. De no haberme impulsado otra vez al instante, su brazo —poco más que huesos y podredumbre— me habría aferrado la pierna, pero yo ya estaba girando hacia el otro atacante.

La primera momia se sobrepuso casi al momento, y apenas tuve tiempo de recobrar el equilibrio. Blandí la espada de forma instintiva, en un tajo amplio y desesperado. La criatura lo evitó sin problemas, pero logré recuperar la posición.

Volví a saltar. De nuevo tuve que contenerme para no ejecutar una técnica, agitada como me sentía. La hoja silbó en el aire y de un corte amputó la mitad izquierda del torso del espectro. Cayó al suelo, sin dejar de retorcerse. Con el brazo que conservaba se arrastró, su mandíbula abriéndose y cerrándose, buscando mi tobillo.

La otra criatura se lanzó a por mí, intentando alcanzar mi cuello con sus dedos huesudos. Le corté la mano con una floritura y, cambiando rápidamente la dirección de la espada, conseguí aplicarle un corte en la pierna izquierda.

Con lo que quedaba de sus entrañas colgando, el espectro intentó alejarse. No lo dejé huir. Lo alcancé. Aterricé sobre sus hombros, introduje la espada en su nuca y empujé entre sus costillas como si fuera una palanca. Se escuchó un crac. El esqueleto cedió, se abrió en dos y derramó una sangre densa y oscura. Aun así, el monstruo forcejeó, agitando sus pies espasmódicamente. Extraje la hoja del cadáver y le cercené el cráneo.

Esta vez cerré bien la boca.

Respirando entrecortadamente, me volví hacia Zac para reprocharle su falta de asistencia. Tal vez no supusieran un peligro tan real como los espectros del Otro Lado; al fin y al cabo, eran criaturas criadas en cautividad en las granjas de

Custodia, convenientemente debilitadas antes de ser introducidas en el recinto de la cacería; aun así, un poco de ayuda no habría estado de más.

Pero algo no iba bien. Zac seguía sin moverse, congelado donde lo había dejado mi empujón.

Una rama crujió en lo alto al tiempo que comprendía que había caído en una trampa. Me puse en guardia. De súbito, la tierra tembló bajo mis pies y caí de bruces. Perdí la espada. Intenté alargar la mano hacia ella... y contuve un grito de horror.

No podía moverme.

Un sonido amortiguado por las hojas me alertó de que alguien acababa de aterrizar a mi lado. Desde el suelo, vislumbré unas botas embarradas que se acercaban pavoneándose.

—Hola, Shawn.

Ni siquiera la huesuda mano de un espectro arrancándome el corazón me habría impedido entornar los ojos ante esa voz.

Ezra Falco.

—¿Sorprendida de verme? Supuse que me habrías echado de menos. He aprendido un par de cosas este verano. ¿Qué te parece?

«Vete al infierno, Falco», intenté decir, pero no conseguí articular sonido. ¿No podía hablar? No podía ser Zarza, entonces.

¿Dónde estaba Zac? Mi cuello no se movió.

Ezra se agachó a mi lado y vació uno a uno los brebajes de mi bolsa. Luego se ocupó de mis ingredientes. Por mi mente pasó una retahíla de insultos, pero todos se negaron a abandonar mi garganta. Repasé mentalmente el listado de técnicas, pero no había ninguna de grado medio o inicial que... Por supuesto. Acónito. El uso de técnicas de grado avanzado en

nuestro curso iba contra las normas, pero ¿acaso Ezra las acababa?

Me pregunté cuánto duraría la parálisis. Sin conocer la cantidad de catalizador que había utilizado, solo podía hacer burdas aproximaciones al respecto: al menos otros diez minutos, no más de una hora. La perspectiva no resultaba tranquilizadora.

Por suerte, a Ezra le gustaba escucharse hablar. Recogió mi espada del suelo con displicencia. Todavía estaba cubierta de la sangre negra de los espectros.

—¿Sabes? Me sorprendió mucho que decidieras utilizarla. Estaba convencido de que solo te la habías quedado para molestarme.

Realizó un par de fintas al aire. La hoja destelló con el movimiento. No estaba hecha de plata en su totalidad, pues resultaría demasiado blanda para ser efectiva en combate. Tenía la proporción suficiente para afectar a las criaturas híbridas, aquellas que, como vampiros, brujas u hombres lobo, eran (o habían sido) en parte humanas. La plata ralentizaba su curación y neutralizaba su magia. Esa era una de las razones por las que había decidido utilizarla. Pero, sobre todo, la llevaba conmigo porque su tacto me relajaba. Calmaba algo dentro de mí. Una parte que susurraba una canción oscura y salvaje.

No podía contestar, así que Ezra siguió hablando.

—Creí que te traería malos recuerdos, ya sabes. Pero eres una persona práctica, no emocional. Eso es lo que más me gusta de ti.

Los recuerdos eran, de hecho, abrumadores, aunque no podía permitirme reconocerlo cerca de ningún otro vigilante, fuera este aprendiz o no. Aun sin ninguna otra motivación, habría usado la espada para demostrar lo poco que me afectaba su origen. El mero hecho de que Ezra sospe-

chase que no era así ponía en riesgo todo lo que había conseguido.

Sentí su mano en la bolsa en la que guardaba las plumas, obligando al cierre a abrirse.

—Lo hago por tu bien, Shawn, por nuestra vieja amistad. Quizá cuando quedes última decidas seguir mis consejos y te busques compañeros más competentes.

Los consejos de Ezra eran como las sangrías, que a menudo a quien menos ayudaban era al paciente. Soltó un silbido.

—Vera, aquí habrá unas diez plumas.

Zac gruñó un insulto y me alivió descubrir que seguía consciente. Debían de haberlo inmovilizado por los medios habituales. Vera le asestó un puntapié para que se callara.

—Eso deja a cada uno en su lugar: el primer puesto para nosotros, y el barro para la escoria.

De haber podido hablar, le habría sugerido un lugar por el que meterse el barro. Como no podía, me limité a repasar mis opciones. Si ejecutase Trementina podría librarme de Acónito, pero era una técnica de grado avanzado y la voluntad debía enfocarse sin la ayuda de señas. Ezra me había dejado sin ingredientes, pero quizá, si esperaba a que se acercase lo suficiente, podría usar los suyos...

«Pero ¿qué digo? Las técnicas de grado avanzado no están permitidas», me recordé. Que Ezra se pasase las normas por el mismo sitio que el papel higiénico no significaba que yo también pudiese hacerlo.

—¿Preparada para ser la última en escoger misión? Quién sabe, quizá puedas ayudar a Mordeg a limpiar las probetas del laboratorio.

»Vuestros elixires se agotarán pronto. ¿Cómo saldréis del bosque entonces? Llegaréis tarde, llenos de hojas y barro, tras horas orientándoos en la completa oscuridad, balbuceando excusas. ¿Puedes imaginar la mirada de decepción de los maes-

tros, Shawn? ¿Las risas de los demás aprendices? —La vegetación se removió cuando se agachó a mi lado—. Será casi como estar de vuelta en Doce Rostros —susurró.

Intenté frenar la oleada de cólera que me invadió. Odiaba jugar sucio, detestaba romper las normas..., pero odiaba aún más perder. No podía permitir que acabase así, que Ezra se saliese con la suya y echase por tierra lo mucho que habíamos entrenado.

Vera reía. Ezra estaba tan cerca que podía sentir su calor. Tenía que ser ahora.

Concentré mi voluntad, acrecentada por la ira que sentía. Noté un hormigueo en la punta de los dedos, en mis extremidades, en el estómago. Supe al instante que era capaz de moverme de nuevo.

Un latido y estaba tendida en el suelo. Otro y mi puñal se apoyaba en la muñeca de Ezra. Retrocedió, atónito.

—¿Cómo...? —comenzó—. ¿De dónde has sacado los ingredientes?

Me lancé a por él.

Ezra era un rival excelente. No en vano había sido mi compañero de entrenamiento durante varios años. Sus movimientos eran veloces y nuestras hojas se golpeaban repetidamente. Una seña en su mano, y otra en la mía para contrarrestarlo. Una estocada por mi parte, y una pirueta para evadirla por la suya. Pero a cada minuto que pasaba sus ataques se volvían más borrosos.

«Si no consumo Luciérnaga, pronto seré incapaz de ver nada.»

Un mandoble de Ezra rozó mi antebrazo, abriendo una fina línea en mi camisa. Me sentía torpe, detenía sus golpes solo en el último momento.

«A este paso voy a perder. Tengo que hacer algo. Ya.»  
Cerré los ojos y ejecuté Candela. Un fognazo iluminó el

bosque. Ezra gritó. Se cubrió los ojos, dejando caer su espada (mi espada). Sus pupilas, sobrenaturalmente dilatadas gracias a Luciérnaga, cegadas.

Sin darle tiempo a recuperarse, lancé Zarza para inmovilizarlo. Recogí mis plumas del suelo. Ezra había tenido que soltarlas al inicio del combate para defenderse. Estaba a punto de cantar victoria cuando un grito amortiguado de Zac llegó a mis oídos. Salté, esquivando Zarza por escasos centímetros.

Vera.

—No te muevas —dijo entre dientes—. Suelta a Ezra y entrega las plumas.

Ladeé la cabeza.

—No puedo hacer todo eso sin moverme.

Vera ignoró la provocación. Sacó un fino estilete de su manga y se acercó a Zac.

—De ti depende que tu amigo salga de aquí con una lesión. Si le atravieso un pie pasará semanas sin entrenar. ¿O prefieres la rodilla? Tú eliges, Amira.

No contesté. Zac la miró horrorizado desde el suelo.

«Está nerviosa. Podría ser un farol.»

—¿Crees que no seré capaz? Los duelos durante la cacería son a primera sangre. Un corte limpio entra en las normas.

A Vera le patinaban las neuronas, pero decírselo ahora no iba a ayudar a nadie. Siguiendo las reglas al pie de la letra, no obstante, tenía razón: podía clavar un estilete impunemente si se detenía ahí. Miré a Zac, quien parecía dispuesto a conformarse con la misión de recoger boñigas de sátiro si eso alejaba a Vera de su rodilla.

—Shawn, ¿podrías decidir de una vez? Se me están durmiendo las piernas.

Fue Ezra, para variar, quien me dio la idea.

—Está bien —acepté—. Haré lo que dices, pero necesito una garantía de que podremos marcharnos.

Me acerqué a Ezra y busqué entre sus bolsas. Luego, en los bolsillos de su pantalón.

—Eh... Esas manos, Shawn.

Puse los ojos en blanco y lo ignoré.

—¿Qué diablos haces? —protestó Vera.

Le mostré un frasco de Luciérnaga y di un trago. Me guardé el resto en el bolsillo.

—Para Zac —expliqué—. Libéralo.

Vera entrecerró los ojos.

—Primero deja tus plumas.

Zac comenzó a protestar. Alcé las manos.

—Como quieras, pero no le hagas daño.

Ante semejante muestra de docilidad, Zac me miró interrogante, pero no volvió a quejarse. Vera sonrió con satisfacción. Introduje las plumas en la bolsa de Ezra. Ejecuté Chispa y lo combiné con Cronos. Sentí un tirón en el estómago. La sensación de hormigueo regresó y el pelo de mi nuca se erizó. Vera no percibió nada. Reprimí una sonrisa.

«¿Creéis que sois los únicos que sabéis jugar a este juego? Ya ves, Ezra, yo también he aprendido un par de cosas este verano.»

Recuperé mi espada y la devolví a su vaina. El tacto me relajó al instante y de pronto me sentí muy cansada. Vera mantuvo su palabra y liberó a Zac. Lo ayudé a incorporarse, tenía las piernas entumecidas.

—Podríamos ir a por ella, recuperar las plumas...

Negué con la cabeza. Esas plumas estaban ya perdidas.

—¿No me vas a soltar? —preguntó Ezra con voz irritada.

Fingí pensármelo un momento.

—Yo me he librado de Acónito sola. Seguro que Vera y tú podéis libraros de Zarza.

Abandonamos la espesura cuando la noche empezaba a dar paso al alba. No éramos los primeros en regresar a Ocaso. Nos apoyamos en una de las paredes de la arena, guardando una distancia prudencial de las demás parejas de aprendices. Algunos de ellos eran buenos amigos, lo que no significaba que no fuésemos a intentar robarnos las plumas si teníamos ocasión.

Había también un par de maestros, pero estos se mantenían al margen, conscientes de que la cacería no terminaría hasta el amanecer. Nos miraban desde la grada, con expresión aburrida; no era frecuente que se iniciasen nuevas contiendas una vez abandonado el bosque, y era aún más extraño que no se zanjasen a los pocos segundos. A nadie le quedaban fuerzas para un ataque a la desesperada.

Zac seguía cabizbajo. Todavía se sentía mal por haberse dejado atrapar. Intenté animarlo, aunque mi humor tampoco atravesaba su mejor momento.

—Tal vez Ezra tenga razón —suspiró—, quizá deberías buscarte una pareja más hábil.

—¿Qué dices? Ezra es un capullo. Nunca tiene razón. Eres la mejor pareja de caza que podría desear. —Miré hacia los lados, nerviosa—. No le digas a Zoe que he dicho eso.

Zac rio, pero volvió a desviar la mirada hacia sus manos, que jugueteaban con los cordones delanteros de su camisa. Saqué un par de plumas de mi bolsillo y las puse debajo de su nariz. Zac intentó apartarlas, pero se detuvo al ver de qué se trataba.

—¡Plumas! ¡Creía que se las habías entregado todas!

—Así es. —Me encogí de hombros—. Esto es un regalo de Ezra. ¿No creerías que iba a tocarle el culo sin sacar nada a cambio?

Soltó una risotada.

—¿Juego de manos? Parece que la mala influencia de Zoe ha conseguido calar en ti.

Le devolví la sonrisa, aunque sin fuerzas. No estaba verdaderamente feliz. Había conseguido las plumas, cierto, pero ¿a qué precio? Había roto las normas. Por primera vez en mi vida.

Zac captó mi estado de ánimo al instante.

—No pasará nada. ¿Qué importa que hayas usado Trementina para liberarte? Ezra quebrantó las normas primero. No te delatará. No es tan estúpido.

Asentí, desviando la mirada. Zac frunció el ceño.

—¿O es que has hecho algo más?

Me mordí el labio, pero no respondí.

Vera y Ezra aparecieron diez minutos después, cuando el cielo adquiriría tintes naranjas y las montañas del este refulgían como si estuvieran ardiendo. Tomaron asiento deliberadamente lejos de nosotros. Ahora, en cualquier momento...

Un grito rompió el silencio. Ezra. Sus plumas habían comenzado a incinerarse como si una chispa hubiera caído sobre ellas. Vera y él hicieron lo posible por extinguir el fuego, pero en apenas unos segundos quedaron reducidas a cenizas.

Vera no sabía a qué prestar atención. Miraba a su compañero, a las plumas, a los maestros, a nosotros. Ezra se volvió hacia mí. Sus ojos eran dos carbones ardientes. Compuse mi mejor cara de inocencia.

—Tú, sucia traidora —dijo escupiendo cada palabra—, pagarás por esto.

—¡Está claro quién ha sido la responsable! —chilló Vera, mirando con intención a los dos maestros—. Ha quemado nuestras plumas porque no aceptaba su derrota.

Janet Rhete, directora del instituto Ocaso y maestra de técnicas, se limitó a bostezar. Parecía contrariada por haber

tenido que salir de la cama tan temprano. Mordeg, el maestro de Alquimia, dormitaba sin pudor, excéntrico como de costumbre.

—No te ha salido muy bien, Shawn —añadió Ezra, esforzándose por infligir todo el odio posible a cada una de las letras de mi apellido—. Todo el mundo lo ha visto, ¿verdad? ¡Teníamos diecisiete plumas!

Si algún aprendiz lo había visto, no creyó conveniente comentarlo.

Zac me miró con intención. «¿Esto es cosa tuya?» Me mordí el labio de nuevo. Mi compañero sacudió la cabeza, en un gesto que repetía a menudo con Zoe y conmigo y que significaba algo del estilo de: «¿Qué tengo que hacer para que me deis un día de paz?».

Vera abrió la boca, probablemente para amenazarme, pero en ese momento el sol asomó en el horizonte y una voz imperiosa la detuvo.

—La cacería ha llegado a su fin. —Rhete se puso en pie; sus cabellos castaños, ligeramente grises en varias zonas de su cabeza, brillaban dorados bajo la luz del amanecer. Su compañero se limitó a abrir los ojos—. Acercaos ordenadamente para el recuento.

Vera parecía a punto de protestar, pero ante la severa mirada de la directora tuvo el buen juicio de colocarse junto a los demás participantes.

Rhete tomó nota del número de plumas conseguido por cada pareja. Con las plumas de Vera y Ezra fuera de juego, la media de puntuaciones era baja. Tal vez con las dos plumas que había conseguido robarle consiguiésemos una misión decente.

Llegó el turno de Ezra y Vera.

—Diecisiete plumas —dijo este sin vacilación—. Os daréis cuenta al final del recuento.

—No se contabilizará ninguna pluma que no hayáis traído, ya conocéis las normas —replicó Rhete con la voz cansina de quien se ha enfrentado a la misma discusión más de una vez—. Siempre se pierde alguna en el bosque.

Ezra apretó los puños.

—Sí que las hemos traído. Habéis visto cómo las han destruido —insistió mordaz.

Fue Mordeg, el maestro de Alquimia, quien habló.

—No es habitual que los aprendices destruyan las plumas en lugar de robarlas. —Se rascó el pelo blanco y despeinado. Continuó después de sopesarlo—: Sin embargo, no hay ninguna norma que lo impida.

Vera parecía querer arrancarle los ojos a alguien, a quien fuese, probablemente a mí. Rhete se dispuso a seguir con el recuento, pero Ezra no se dio por vencido.

—No había nadie lo bastante cerca de nosotros para haber podido quemarlas —gruñó—. No es posible con una técnica de grado medio. La culpable ha usado un temporizador.

Miré a Ezra, incrédula, y él sonrió con malicia. No me sentía orgullosa de lo que había hecho, pero él se había saltado las normas primero, ¡y habían amenazado con herir a Zac! ¿Cómo se atrevía a acusarme? Di un paso al frente, pero Zac me sujetó con fuerza del antebrazo. Capté el mensaje: «Nadie te ha acusado aún, mantén la calma». Respiré hondo.

—Ha tenido que ser Amira, la he visto mirándonos cuando hemos llegado —se apresuró a añadir Vera.

Resoplé, como prueba dejaba bastante que desear. Aun así, maestros y aprendices se volvieron hacia nosotros, esperando una respuesta.

—Ni yo ni Amira teníamos ingredientes encima —terció Zac antes de que yo pudiese intervenir—. Ezra puede confirmarlo, él mismo nos los quitó.

Este chasqueó la lengua, pero no intentó desmentirlo. Estaba claro que prefería no sacar a colación nuestro enfrentamiento. También había cosas que él prefería ocultar.

—Está mintiendo, claro —espetó Vera. Luego, ante la mirada de los maestros, continuó en un tono menos irreverente—. No sé cómo lo ha hecho, pero estoy segura de que ha sido ella. Usó varias técnicas después de que Ezra... la hubiera dejado sin ingredientes. Tendría alguna reserva escondida.

Después de haber jugado sucio y haber amenazado con lesionar a Zac, tenía los arrestos de llamarme embustera. Agradecí que mi compañero todavía me estuviera sujetando, porque para arrearle un puñetazo sí que no los necesitaba.

—Yo no tengo la culpa de que Ezra no sepa proteger sus propios ingredientes.

La expresión de sorpresa de Ezra pareció casi genuina. Los otros aprendices empezaron a cuchichear y el joven enrojeció: permitir que otro vigilante usase tus ingredientes era un error que solo cometían los críos.

—Pero ¡¿qué dices?! —Era mucho mejor mentiroso que yo. Claro que eso no era muy difícil—. Apenas me quedaba catalizador para mí. ¡Ni siquiera tenía los ingredientes para las técnicas que usaste! Vera tiene razón, escondiste una reserva en alguna parte.

Mi voz salió mucho más afilada de lo que pretendía.

—¿Ah, sí? Y según tú, ¿eso fue antes o después de que me lanzases Acónito?

Silencio.

—Eso es una acusación muy grave, Amira. Acónito es una técnica de grado avanzado —señaló Rhete.

—Sé perfectamente de qué nivel es Acónito —contesté mordaz.

Los ojos de Mordeg chispearon. Solo alguien tan chiflado encontraría gracioso algo así. Rhete se encogió de hombros.

—Comprobaré las guardias.

Rhete formó una seña con su mano izquierda y cerró los ojos para concentrarse. Ezra palideció. Tragué saliva ruidosamente. Deberíamos haber sospechado que tendrían una forma de comprobar si incumplíamos las normas. Nos habían pillado, ambos habíamos usado técnicas no permitidas.

La cara de Rhete pasó de la cautela a la alarma. Mordeg se mesó el frondoso bigote con interés. Los aprendices comenzaron a murmurar entre ellos. Después de lo que pareció ser una eternidad, se aclaró la voz.

—Parece ser, en efecto, que varias técnicas de grado avanzado han sido ejecutadas durante la prueba —dijo con severidad.

Mi corazón empezó a latir a toda pastilla. Intenté mantener una expresión indiferente, pero notaba el rubor bullir bajo mis mejillas. Agradecí la presión que Zac todavía mantenía sobre mi brazo, sosteniéndome e impidiendo que mis rodillas cediesen. Los pensamientos se agolpaban, cada uno más terrible que el anterior.

Iban a descubrirme. El incidente quedaría registrado en mi historial. Mis padres se enterarían. ¿Se sentirían muy decepcionados? Por supuesto. Jamás me asignarían una buena misión. Tendría que olvidar mi sueño de graduarme antes de lo esperado. ¿Y si me expulsaban?

Rhete siguió hablando:

—Son habilidades muy por encima del nivel de cualquiera de los participantes. Hasta que se descarte la intromisión por parte de algún alumno de cursos superiores, los resultados se invalidarán y las misiones se adjudicarán por sorteo —sentenció.

Resoplé, incrédula. ¿Estudiantes de cursos superiores? ¡Qué tontería! ¿Tanto le costaba creer que pudiésemos manejar un par de técnicas de grado avanzado?

Los estudiantes comenzaron a murmurar en protesta. Vera, por su parte, parecía satisfecha con la decisión. Salía ganando con el cambio, al igual que yo. Un sorteo dejaba a todas las parejas con las mismas probabilidades. Me sentí tremendamente culpable. Ezra y yo habíamos incumplido las normas, y ahora todos pagaríamos por ello. Sabía que iba a arrepentirme el resto de mis días, pero mi conciencia no me permitía guardar silencio. Se me daba muy mal mentir, incluso por omisión.

—He sido yo —dije, alzando la barbilla.

Todo el mundo se volvió para mirarme. Zac me observaba como si creyera que me hubiera vuelto loca.

—Falco usó Acónito para inmovilizarme, así que creí que sería justo utilizar una técnica avanzada para liberarme. —Me detuve un momento para calmar mi voz. Evité mirar a Vera antes de proseguir—: Vera amenazó con herir a Zac si no le entregábamos las plumas, así que cronometré Chispa con Cronos para que las plumas ardiesen antes del amanecer. Zac no ha tenido nada que ver —añadí rápidamente—, ha sido cosa mía.

Terminé de hablar. Rhete se pasó una mano por el pelo, que llevaba peinado hacia atrás con rigidez.

—Eso es imposible, debe de haberlo hecho otra persona —murmuró un aprendiz.

Mordeg me miró con interés antes de girarse para comentar algo con la directora. No necesitaba girarme para sentir las miradas iracundas de Ezra y Vera. Unos minutos después, habían tomado una decisión.

—Respetaremos la clasificación, los estudiantes podrán elegir misión en función de las plumas que hayan conseguido. —Se escucharon varios murmullos de aprobación. Conduje la respiración, anticipando la siguiente parte—. Ezra y Amira quedan descalificados por haber incumplido las nor-

mas. No podrán escoger misión y se conformarán con la que les sea asignada.

Asentí. No me parecía del todo justo, pues, si bien ambos habíamos desobedecido, Ezra había sido el principal culpable. Sin embargo, sabía que no valía la pena discutir. Reuní el suficiente valor para añadir:

—Entiendo vuestra decisión, pero me gustaría que Zac no se viera afectado.

Él empezó a protestar, pero Mordeg lo interrumpió.

—Creo que no has escuchado atentamente. Ezra y tú haréis la misión que os asignemos, Zac y Vera podrán elegir misión según las plumas que hayáis conseguido.

Parpadeé una vez, sin comprender. Estaba segura de que tenía que haber escuchado mal, pero un lamento me sacó de dudas.

—¿Quéee? —Vera.

—Esto es lo más ridículo que he escuchado en mi vida —bufó Ezra.

—¡No pienso hacer nada con Falco! —protesté al unísono.

Rhete sonrió irónica, provocando que la cicatriz que cruzaba una de sus mejillas y se prolongaba hasta su cuello se marcara más con el gesto.

—La alternativa es probar suerte el año que viene.

Intercambiamos una mirada. Repetir curso casi parecía un regalo en comparación con pasar tiempo juntos. Aun así, me apresuré a añadir:

—Estamos conformes.

Ezra, por una vez, tuvo el buen juicio de no contradecirme.

—En ese caso —para nuestra sorpresa fue Mordeg quien habló—, creo que tengo la misión perfecta para vosotros dos.